

HOMENAJE DEL MUSEO DE LA PLATA

A LA MEMORIA DEL GRAN NATURALISTA ARGENTINO

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

ACTO REALIZADO EL DÍA 10 DE AGOSTO DE 1940

EN LA SALA DE AVES DEL DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA-VERTEBRADOS

Ante una numerosa y calificada concurrencia tuvo lugar, el día 10 de agosto de 1940, en la Sala de Aves del Departamento de Zoología-Vertebrados, el acto de homenaje a la memoria del insigne naturalista argentino Guillermo Enrique Hudson, dispuesto por las autoridades de esta Casa de estudios.

Asistieron a la ceremonia varios miembros del Consejo superior de la Universidad; representantes de las principales instituciones y sociedades científicas del país dedicadas a las Ciencias Naturales; una delegación de la Comisión Nacional de Homenaje a Hudson; el Comisionado municipal de Quilmes, doctor don Fernando Pozzo; numerosos profesores de la Universidad; invitados especiales; las autoridades, personal científico-docente y alumnos del Museo y otras numerosas personas.

En primer término se dió por incorporado a la galería de naturalistas ilustres con que cuenta el Instituto, el cuadro de Hudson, especialmente ejecutado a esos fines por el profesor de la Escuela de Bellas Artes señor Antonio Alice, procediéndose luego a la lectura de los discursos programados para el acto.

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR DON JOAQUÍN FRENGUELLI

Tócame la satisfacción y el honor de iniciar este acto, que quiere ser ceremonia sencilla, pero de honda significación espiritual, porque con ella el Museo de La Plata incorpora a la galería de sus próceres uno de los más altos valores morales de la ciencia argentina, Guillermo Enrique Hudson.

Su realización ha sido posible gracias a la iniciativa del Jefe de este Departamento, el doctor don Emiliano J. Mac Donagh, quien, con competen-

cia adecuada, también trazará la semblanza del naturalista insigne ; gracias también a la generosidad del profesor Antonio Alice que amablemente accedió a pintarnos su efigie con mano maestra ; y gracias a vuestra cordial concurrencia que nos trae brillo y fervor.

Guillermo Enrique Hudson nunca estuvo vinculado directamente a la obra de este Museo, ni a la persona de su ilustre fundador, el doctor Francisco P. Moreno. Su obra magnífica, sin embargo, se identifica plenamente con la obra en que este Instituto se empeña, para el conocimiento cabal de la hermosa naturaleza de nuestra tierra, para el aprecio justo de los cuantiosos bienes espirituales y materiales que en ella doquiera se encierran.

Tampoco el sabio naturalista permaneció por mucho tiempo en nuestro ambiente.

Todavía muy joven, Guillermo Enrique Hudson, que naciera aquí cerca, en el rancho paterno de « Los 25 Ombúes », debió abandonar el escenario magnífico donde se había abierto su alma a la pasión para la ciencia y en él había germinado próspero como semilla de primavera ; el escenario magnífico donde, como unos lustros antes para su famoso predecesor Carlos Darwin, habíase despertado pujante y fecunda su vocación de naturalista.

Sin embargo, desde lejos, su espíritu a su tierra volvió con inquebrantable fidelidad ; y a ella dedicó toda su obra, vasta y hermosa, honda y serena, pero impregnada toda de un íntimo sentimiento nostálgico en el recuerdo de un bien infinito perdido para siempre.

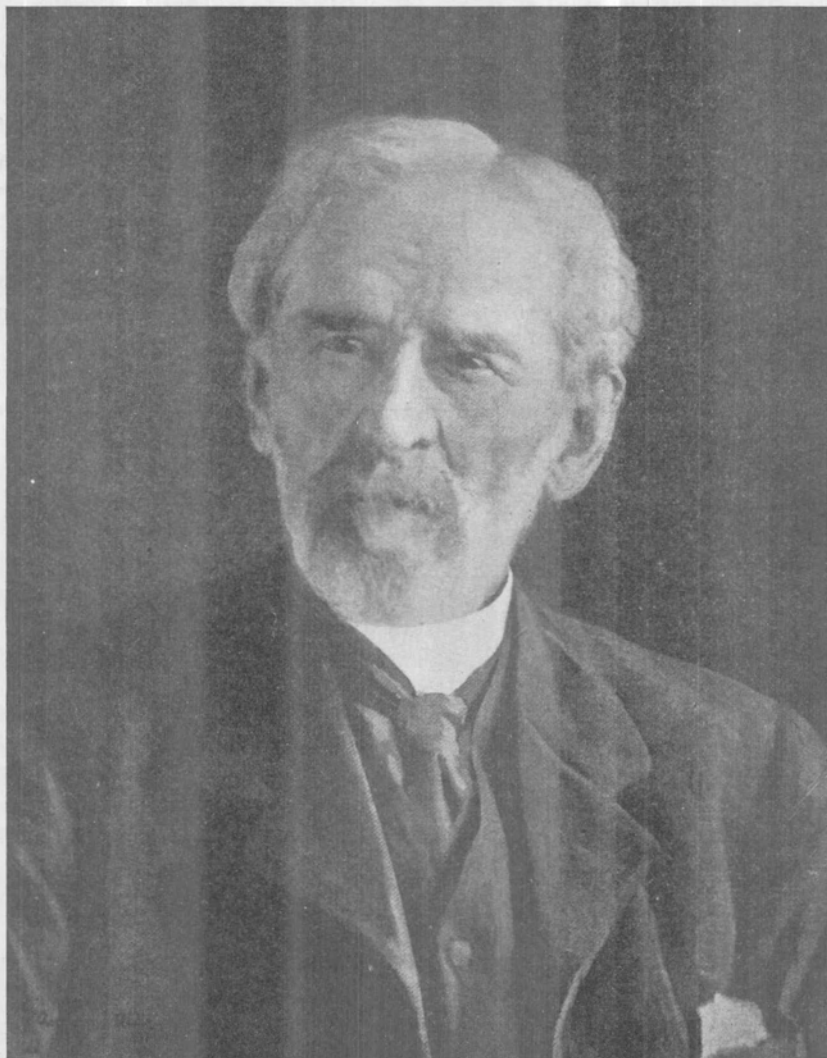
Es realmente una tristeza resignada, pero intensamente patética la que mana de todos sus escritos ; pena que culmina en su confesión de que terminara su vida al abandonar las vastas soledades de las pampas y los vastos desiertos patagónicos llenos de sugerencias y de misterios ; misterios científicos que habían sojuzgado su fina sensibilidad de naturalista y habían forjado la felicidad de su temperamento artístico exquisito.

Y siguió viviendo su alma y su intelecto en el recuerdo de esta felicidad y en ella halló consuelo ; aun si embargado por la evocación de la flor fragante que crecía en su hogar lejano, imaginándola sin verla, añorando una fragancia que había desvanecido para siempre.

Y, en constante comunicación con la naturaleza de su patria remota, a través del recuerdo de tanta felicidad siguió amando la vida.

« Nunca me abandonó esa felicidad, ya anciano escribía, y en las peores épocas de mi existencia en Londres, encerrado, enfermo, pobre, sin amigos, siempre pude sentir que, a pesar de todo, era infinitamente mejor ser que no ser ».

Pero, fueron las aves las que más sostuvieron su cariño y su optimismo ; los pájaros de su tierra, cuyos gorjeos armoniosos y suaves tanto habían deleitado su juventud inquieta ; los pájaros de su tierra que tanto habían empeñado su afán y su estudio, que tantas veces el joven naturalista había seguido sigilosamente hasta sus propios escondites para contemplar sus variados colores, para escuchar la dulzura del ritmo melodioso de su canto, para escu-



GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

(Óleo de Antonio Alice)

driñar el mecanismo complejo de su vuelo, para desentrañar la complicada arquitectura de su nido, en el espeso juncal o en el frondoso enrejado del monte.

Más que a la flor fragante de la pradera, más que a los insectos zumbones de la maleza, más que a la extraña multitud de mamíferos que excavan madrigueras en la estepa, más que al galope tendido del malón indio y a las facultades sensorias del gaucho salvaje, que tanto impresionaron su mente juvenil; más que a los restos materiales e industriales de antiguas poblaciones indígenas, desde épocas remotas abandonadas en el vasto desierto patagónico, que tanto estimularon su fantasía; más que a las nubes purpúreas del cielo pampero en ocaso, y el sol radiante en amplios horizontes límpidos, que saciaron su espíritu mozo; a sus amigos alados volvió su pesar nostálgico hasta los últimos momentos de su vida.

Entre ellos, en la lejana tierra donde lo llevó el destino, halló el gorrión y en él su único compañero de infancia que compartiera las penas de su destierro; y al gorrión cantó sus cuitas:

Cien años me parece desde que te perdí
Oh maravilloso mundo de los pájaros! benditas
avecillas.

Y yo de tales mundos me vine a esta triste Londres
que juntos, gorrión, habitamos ahora,
y en mi soledad, sin un amigo,
me dedico a ti.

Justo es, entonces, que Guillermo Enrique Hudson permanezca entre nosotros, junto con sus amigos que sostuvieron su fe y su gran amor a la ciencia; para que, entre los seres que forjaron su pasión y la razón de su vida fecunda, su presencia nos aliente y robustezca en nosotros el culto a las ciencias naturales y a la patria, eterna fuente de vida para quien lo crea, para quien lo cultiva y para quien lo ama.

DISCURSO DEL JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA-VERTEBRADOS,
DOCTOR DON EMILIANO J. MAC DONAGH

El homenaje que el Instituto del Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata rinde hoy a la memoria del insigne naturalista argentino Guillermo Enrique Hudson, cumple el propósito de reconocer la deuda de gratitud que las nuevas generaciones tienen para con este naturalista de las horas más difíciles de nuestra nacionalidad.

El retrato puesto en el lugar central de la galería de Aves del Departamento de Zoología de Vertebrados, la flamante vitrina donde se han juntado algunas de las especies de aves favoritas de nuestro héroe, la disposición nueva en las vitrinas, a las cuales se han incorporado materiales de valor, y

todo ello presentado y exhibido con criterio moderno, últimamente implantado en las salas de mi Departamento, centralizan la atención del visitante y le invitan a considerar quién será éste, que como dice la placa puesta al pie de su retrato, fué eximio naturalista argentino y prosista admirable.

Para satisfacer ese legítimo anhelo, en el cual va un más legítimo orgullo patriótico, el Museo de La Plata editará oportunamente el estudio de la vida y la obra de Hudson, el cual hubiera sido la materia de esta conferencia, si no nos hubiera parecido más adecuada a la hora y las circunstancias, una semblanza, trazada con fervor y propuesta con entusiasmo al respeto de los mayores y a la emulación nobilísima de los jóvenes.

Este retrato pintado por el profesor de la Escuela Superior de Bellas Artes don Antonio Alice es en sí mismo un triunfo de la capacidad artística, de la suma habilidad retratística de quien fuera muchos años miembro de esta Casa, y resume, como en un gesto, el estado de ánimo del Hudson anciano, que es, precisamente, aquel que produjo son mayor colorido y fuego las páginas donde revivió su perdida libertad de jinete, de resero y arriero, su vagabundeo feliz entre los cañadones, sus solitarios paseos por los desolados cerros del Carmen de Patagones y de Viedma, llamada entonces La Merced. El artista Alice, con unos pocos elementos y unos retratos fotográficos que se le suministraron y que eran fríos y convencionales, nos ha dado un Hudson vivo, tal como fué, inquisitivo, con algo de sus amados halcones, y trasuntando su carácter fuerte, el verbo pronto, la inteligencia concentrada y capaz. Éste es el hombre que hizo aquella obra que hoy nos reúne, y que la vivió, como quien sirve un apostolado. Justicia merece, y más luego, gratitud, porque somos herederos de sus conquistas.

Hudson nació por los pagos de Quilmes, el 4 de agosto de 1841, en la estancia « Los 25 Ombúes » asentada sobre una loma eminente, cerca del arroyo de las Conchitas.

Era todavía un niño y ya percibía con gozo de predestinado el hábito de nuestra naturaleza sin rigores extendida frente al gran río. La familia se mudó por entonces a otra estancia « Las Acacias », y allí en el monte de duraznos, o entre las ramas de un acacio negro, o en la cañada, curioseó la vida de los animales; y fué así cómo el decoro, la gracia y el ingenio de las aves, y, con fuerza peculiar, los cantos múltiples de los pájaros, le prendaron de por vida. Le nació dentro y le fué venciendo la pasión de comprender y se encarnizó en resolver los problemas menudos que descubría un día y otro. Leyó, y vió enigmas. En sus días y meses de enfermo, primero por una fiebre, luego de reumatismo, y en sus años de muchacho sano y andariego, devoró lo poco de libros que por allí y entonces podía conseguirse, y, con más la mescolanza de lecturas por causa de una áspera crisis espiritual, a los veinte años, de tanto leer estaba casi ciego.

La pobreza volvió la familia al nido viejo y de a poco se dispersaron. Hudson, ya hecho un observador alerta de hombres y animales, anduvo por la « frontera sur » de nuestra provincia, sirvió a los diez y ocho en la

vieja Guardia Nacional, conoció la Banda Oriental, y tentó una excursión por la Patagonia ; pero, baleado casualmente, se quedó, holgazán a la fuerza, mirón como siempre, cerca del Carmen. Con algunas otras andanzas de que no tenemos noticias seguras, dió fin a su ansia : en 1874 se fué a Inglaterra y no volvió.

Para ilustrar este punto tan importante, transcribo textualmente el párrafo de un estudio de mi amigo el doctor Jorge Casares, quien ha realizado la mejor investigación al respecto :

«Y un miércoles de Semana Santa — dice — el 1° de abril de 1874, se embarcó en el *Ebro*, paquete inglés, de vapor y velas, de 1500 toneladas. Entre los datos desconocidos hasta hoy, que pueda revelar en el transcurso de mi conversación — agrega Casares — atribuyo capital importancia a la fecha de su partida, porque deja definitivamente establecido que Hudson salió de la Argentina a los 33 años, hombre hecho y derecho, vale decir con su personalidad definida, con su cultura literaria, fundamental, ya formada (por lo pronto había leído ya al Dante) y puedo afirmarlo, dueño de su estilo espontáneo, armonioso y rutilante de adjetivos ».

Hudson, argentino legítimo de la tierra, torció allí su rumbo. Sus obras completas, que llenan los veinticuatro volúmenes, están todas en inglés.

Alguna vez, en quién sabe qué descuido de su recelo arisco, le confesó a su amigo Morley Roberts que quizás su vida terminó al irse de estas tierras. Mas por fortuna, llevaba consigo sus obras, todavía inconscientes. Era un opulento en recuerdos. Con prodigiosa fidelidad, a pesar de los años, los fué soltando en sus libros, a veces como tema principal, a veces mezclados con sus impresiones de las campiñas inglesas, donde, por contraste, el recuerdo campero argentino tiene fulgor de resolana. Sus cuadros criollos son de una vivacidad de charla. Según parece, los críticos señalaron palabras impropias en sus escritos, como ser « interval », « fenomenal », y nosotros sabemos que ésas son huellas del castellano. Hudson trabajó duramente hasta poseer por entero el inglés como escritor, ya que cuando niño habló las dos lenguas. Las expresiones criollas y alguna cita española fueron, desde entonces, cristalinas notas exóticas engarzadas en su prosa purificada.

Su gloria puramente literaria y de prosista inglés, nos es ajena : ya las antologías le dan por un clásico de la prosa inglesa. Pero nuestro derecho nativo sobre su naturaleza exquisita se prueba por esto : el nacimiento de su renombre en las letras lo debe, no a las obras literarias, sino a las que tratan de la naturaleza argentina ; con ella se establece, y es en sus temas concretos que evita los escarceos de su fantasía, la culpable de que fracase alguna de sus tentativas artísticas. Con esos libros aprende a escribir. Porque la página impresa revela al autor inexperto cuánto lo engañaron sus borradores, y los bloques de párrafos con que edifica sus escritos, si mal colocados o desaparejos, pueden rendirle una caricatura de lo que vió en su espíritu y creyó echar en el original. Hudson triunfa de hoja en hoja, de libro en libro,

sobre las dificultades de las palabras, del estilo, del orden, hasta intentar con arrojo de artista las difíciles realizaciones de la prosa musical.

Su primer libro está hecho con elementos de lugar argentino y con episodios sugeridos por sus experiencias de hombre de nuestro campo, no de niño ni muchacho, y hoy sabemos que no quería acordarse por nada de sus años de terrible pena, cuando la mocedad. Lo mismo sus recuerdos del valle del río Negro y, en buena parte, los que están mezclados con temas ingleses : pasarán treinta y más años antes que afronte sus reminiscencias de infancia.

Entretanto, en 1888, había publicado, en una inamistosa colaboración con el profesor Sclater, la *Ornitología argentina*. Sclater escribió la parte sistemática, es decir, distribuyó las especies de aves del territorio argentino según un sistema de clasificación, dando los caracteres que sirven para su reconocimiento y los detalles de anatomía y de sinonimia de especies que son de estilo en obras del género. Hudson entregó las observaciones que había hecho sobre cierto número de las mismas aves, y este conjunto de noticias, de lo que se suele llamar la « historia natural » de las especies, es tan rico que muchos años después, en 1920, Hudson se dió el gran placer de editar en dos hermosos volúmenes la parte suya con el título de *Aves del Plata*. Parece que Sclater no era el hombre con quien Hudson pudiese trabajar a gusto, pues la mentalidad del ornitólogo científico era del más antipático modelo profesoral. La primera edición no favorecía a Hudson ni en el título, pues parecía que hubiera entregado « Notas » para rellenar el casillero dispuesto por Sclater, y por eso es tan agradable la lectura de nuevo en la edición propia : esta obra de Hudson, aunque por su índole tiene una distribución como de catálogo sistemático, es de una lectura incitante ; vive por su estilo sobrio, por una distribución ordenada, referencias parcas a los autores de antes e infinidad de observaciones propias. De vez en cuando brota una página maestra, así aquella donde cuenta entre bienhumorado y malhumorado, cómo es imposible observar de cerca los curiosos « gallitos » del Río Negro y cómo el naturalista fastidiado que abandona la persecución, oye que le siguen las avecillas, más curiosas que él, y todas cacareando bajito. O como aquella de la persecución de un tero por un carancho enfurecido en medio del frenético griterío de tres centenares de teros que revolotean en guerrilla defendiendo al compañero. Cuando habla de la calandria, dice que no podría mejorar la descripción de Azara, y su pintura humilde es una preciosa página inglesa ; pero cuando trata de la calandria patagónica, en el breve espacio que se concede, triunfa en una descripción maravillosa ; no es de olvidarse la simplicidad con que se desliza a decir que la calandria del Carmen a veces parece inventar una melodía, y, si le agrada, la gusta en silencio un momento ; la repite otra vez, y muchas veces, cada una con mayor deleite. Por esos pagos conoció la calandria blanca o de las « tres colas », migratoria, y hablando de ella, se le suelta el entusiasmo ; es poco después de oírla que se va a Inglaterra, y escuchando allá, en los campos y en los bosques, los pájaros

cantores más famosos, puede así afirmar que no hay canto superior al de la calandria, « que ningún poeta ha cantado », dice.

En la misma época que este libro, 1892, Hudson publicó *El naturalista en el Plata*, libro que junto con el de las aves, debiéramos tener traducido, no sólo por su gran valor, sino porque hay tan poco publicado sobre nuestra naturaleza campera.

Al año siguiente aparece otro libro, *Días ociosos en la Patagonia*, libro de naturalista que empalma con los dos anteriores. La Patagonia que visitó es, hablando estrictamente, la del valle del Río Negro, en los alrededores del Carmen; sin embargo, no se ve petulancia en el título, porque Hudson conocía bien la provincia de Buenos Aires y por eso extrañaba la naturaleza del terreno que ahora recorría, y bien lo muestran sus repetidas pinturas de la desolación de aquellas planicies, con sus cuentos y retratos, y el gusto de ver aves, insaciable, que lo entusiasma por las calandrias y lo anaña hasta entretenerse cascoteando gallaretas para gozar con su desparramo ruidoso sobre las aguas del gran río.

Ahora, considerando no ya la realización de la obra, sino su relación con el oficio, claro está que *El naturalista en el Plata* es todo un valor. No es técnico ni es popular, es un libro de un observador. En inglés se usa la expresión « field-naturalist », naturalista de campo, nombre de una clase de naturalistas que no son ni coleccionistas, ni hombres de laboratorio, y que tienen todas las virtudes de un cazador, pero de observaciones.

Francisco Javier Muñoz y Marcos Sastre tienen algo del género.

Pasan quince años y más, desde la aparición de su pequeña obra maestra *El Ombú*, y una vez, enfermo en un hospital, en una fiera costa ventosa del sur de Inglaterra, pensando en sus años infantiles, de pronto le remaneció con hechizamiento de brillazón todo el mundo de imágenes dormidas. Pensamente fué escribiendo, y de ese borroneo surgió el estupendo « Far away and long ago », *Allá lejos y hace mucho*.

No hablemos de lo que cuenta: eso hay que leerlo. Pero como, inevitablemente, quien lo lea se tienta por adivinar lo mucho que Hudson calla, conviene advertir que sus dos grandes amigos, nos han revelado cosas inesperadas con sus libros y las cartas publicadas. Hudson alteró intencionalmente las fechas. No quiso que le rastrearán, como el zorro.

En fin, paciencia. Anotándolo con nimiedad se logra el verdadero retrato de Hudson, ágil, avizor, parecido asombrosamente a su propio retrato con su cara de halcón.

Éste, es, pues, el hombre Hudson, el que ha realizado una doble restauración, pues ha restituido en palabras la vida de las estancias bonaerenses en la época de Rosas, y ha salvado la gran visión de la naturaleza que entonces vivió sin peligros y sin enemigos, espontáneamente, como formando el fondo del cuadro para la vida gaucha. Escuchad, jóvenes estudiantes que cursáis aquí vuestros estudios para ser mañana naturalistas profesionales, escuchad esta página que describe una escena en un bañado de Quilmes, y

pensad a cuánta distancia de nuestras ciudades habría que alejarse hoy para dar con un lugar tan solitario y apacible como para que pudiera presenciarse la escena que describe Hudson, con estas palabras :

« Las gallinetas, aves activas, vivarachas, dotadas de voces poderosas y variadas, son grandes danzarinas; pero debido a la naturaleza del suelo que habitan y a su índole desconfiada y tímida, no es fácil observar sus locuras.

« La más hermosa de las gallinetas del Plata es la ypacaa, un ave muy bella, activa, del tamaño de una gallina. Un número de ypacaa's tiene su lugar de reunión en una pequeña área de terreno horizontal y parejo, apenas sobre el nivel del agua y cercado por juncales densos. Primeramente una de las aves, entre los juncos, emite un grito poderoso, repetido tres veces; y ésta es una nota de invitación a la que prontamente responden otras aves desde todos lados, a la vez que apuradamente acuden al lugar usual. En pocos momentos aparecen, en un número de doce o veinte, irrumpiendo del juncal, y corriendo al espacio abierto, y al instante comienza la ejecución. Éste es un concierto de tremendos gritos. Los gritos que lanzan tienen una cierta semejanza con la voz humana, llevada a su máxima nota, y que expresa el extremo del terror, el frenesí y la desesperación. A un alarido largo, perforante, asombroso por su vehemencia y poder, le sigue una nota más baja, como si en el primero la criatura hubiera quedado del todo exhausta; este doble grito es repetido varias veces, y seguido por otros sonidos, que parecen, al elevarse y caer, gritos de pena medio ahogados y gemidos de angustia. Súbitamente los alaridos de ultratumba se renuevan en todo su poder. Mientras gritan, las aves corren de un lado a otro, como poseídas de locura, las alas extendidas y vibrando el largo pico todo abierto y levantado verticalmente. Esta exhibición dura tres o cuatro minutos, después de lo cual la asamblea se disuelve apaciblemente ».

¿ Quién de entre nosotros, naturalistas, ha sido tan favorecido por la fortuna como para poder presenciar esta escena y otras tantas que describe Hudson, hermosas y enigmáticas a la vez? Sin embargo, son escenas y especies de nuestra propia provincia.

Este es un campo que los nuevos naturalistas no han recuperado desde que Hudson lo dejó. Es cierto que en parte ha influido la transformación del campo por causa de la población, como sucedió con las grandes reuniones de chajás. Pero no nos curemos con excusas. Las observaciones de Hudson sobre los tordos, y especialmente el renegrado, han sido tan notables que son clásicas, y un especialista norteamericano, Friedman, subvencionado por una Universidad, pasó buen tiempo en nuestro país, hace pocos años, verificando aquellos descubrimientos originales, comparándolos con los de las aves del norte, y aplicando todos los progresos de la biología para ampliar lo visto por aquel joven desamparado, a ratos paralítico, pobre como pudo serlo un gaucho resero, y en unos años turbulentos, en que no podía hablarse de cultura, pero sí podía hacerse una obra imperecedera como la hizo Hudson.

Jóvenes estudiantes :

Tomad ejemplo de este argentino que nos ha mostrado cumplidamente con su vida que para un argentino de la tierra el amor a la tierra nativa lo sobrepuja todo, pobreza, enfermedad, ambiente hostil, y aún la barbarie y la anarquía.

Yo conozco un hombre nonagenario que trató a Hudson cuando era muchacho, y le tenía fastidio. Este hombre, recorriendo un día a caballo el bañado del arroyo Conchitas junto con un paisano, vió a Hudson tirado entre los pastos y su compañero le comentó despreciativamente : « ¡ Mire si será haragán el muchacho éste ! » Y él estuvo de acuerdo. Cincuenta años después, la gloria de Hudson le hizo comprender que aquel muchacho tirado entre el pajonal estaba observando las aves, bebiendo de la naturaleza para describirla y descifrarla, y que sus ocios eran dignos de los ocios fecundos del poeta.

Mis jóvenes amigos :

Ojalá que vuestros trabajos y que vuestras holganzas legítimas sean dignas de tan grande ejemplo.